bre particularidades de España, le dice se hallan hoy en España varios marmoles transparentes, y entre ellos uno muy semejante à la Phengites de Nerón: *Effoditur ::::: illique simillimum, ex quo Nero Fortunæ Seiæ Templum construxit.* A vista de que Plinio dice, que las Especulares se hallaban 100. millas en circuito de Segorve, acaso hácia este Pais se hallará entre ellas la *Phengites.* El Autor citado es Valenciano. Su Autoridad grande en estas cosas, consta de los elogios, que le dá el P. Mofocon. La Carta se halla entre las Espistolas Latinas, que este año sacó à luz el Erudito Valenciano D. Gregorio Mayans. (*pag.* 55.) Vease continuada la noticia, desde Christo, hasta el año de 1732. sin valerme de Autores pedaneos.

141 Comprobada la Historia Romana, y desvanecidas las que se llamaron repugnancias, solo resta la Instancia. A esta se responde con facilidad. Compruebe el R. la especie de Pellizer con los testimonios, que se comprobó la de Plinio; y despues veremos lo que se ha de hacer: Mientras digo, que la especie que el P. M. puso de Plinio, solo es un puro simil, que ni prueba, ni impugna el asunto. La especie de Congo, sobre ser falsa, la traxo el R. para impugnar al P. M. y lo que es peor, para probar que el vicio de la luxuria no causa temores, ni inquietudes; y que el luxurioso *los tendrá mucho menos, si se vá à vivir à Congo, en cuyo Pais, &c.* Esto no es puro simil, sino impura, y falsa prueba. A vista de lo dicho, reparta el Letor el *Descuido redondo* como gustare; y reflexione, si estos son los *redondos*; quales serán los demás 998. que hacen la Mogiganga en el Librote, contra el Theatro.

LA

LA POLITICA MAS FINA.

DISCURSO QUARTO.

§. I.

142 EL intento del P. M. en este Discurso, es hacer Crisis de Politicas; señalar la verdadera, y persuadirla. Ningun Letor habrá que no se lisonjee, que tiene voto particular en esto. El Discurso está clarisimo; y supuesto que hasta ahora no se ha impugnado, no quiero confundirlo con titulo de aclararlo. Como las verdades que en él se persuaden coinciden mucho con las de los Discursos antecedentes, solo se pudiera oponer el argumento transcendental. Este es, que el P. M. tiene razon en lo que dice, y que esto lo saben muchos; pero que muchos le impugnan con la practica. Quando el R. llegó à este Discurso, yá estaba cansado de trovar clausulas del Theatro, y de torcer las inteligencias de sus proposiciones. Por esto, sin reparar en inconsequencias, se tragó la mas fatal de todas. Esta fue imprimir en el Librejo, que el P. M. tenia razon en lo que discurria; y decir, por esto *merece muchos elogios.*

143 Al llegar el P. M. à este Discurso en su *Ilustracion*, no hace caso de semejante panegyrico, y pasa de largo à otro Discurso. Esta no aceptacion de elogios, hizo que el R. formase quexas en el Librote. Predica un poquillo sobre el vicio de la *ingratitud*; y finaliza, que siempre confesará que aquellos elogios *los mereció el Discurso, aunque su Autor los desmerezca.* Esto parece cosa de entremés. Quexase el P. M. como es razon, de que el R. (à quien ni por pensamiento, ni por palabra, ni por

obra

obra habia ofendido) le haya tratado con el desprecío, que se estampó en el Librete: y la satisfaccion es multiplicar satyras, convicios, y dicterios; y se quexa el R. por qué no se admite su panegyrico? Trató el R. al P. M. en unas partes, que seguia doctrina de Luthero; en otras la de un Anabaptista Vandale; en otras, que yá podia entrar à ser Interprete; en otras, que mezclaba farragos; en otras, que introducia digresiones molestas; en otras, que daba dentelladas: Y finalmente, en casi todas, que no hablaba al caso; que andaba por las ramas; que huía de la dificultad, &c.? Y se quexa ahora, porque desprecia sus elogios? Quiere el R. que baste para cortesia repetir la voz *Reverendisima*, à cada paso, y puesta por extenso solo para avultar; y se quexa porque el P. M. no aprueba los elogios, quando está ocupado en los sentimientos? La voz *Reverendisima* es cortesia de sobrescrito, y que aun los Legos la desfrutan. Mas estimarán los Letores hubiese tratado al P. M. Feijoo con una *Reverencia*, que con *dos mil reverendisimas.*

144 El P. M. no apetece elogios de su Obra, sino inteligencia de sus clausulas. Tampoco se ofende de que le adviertan sus equivocaciones; pero se debe ofender de que los que ò no quieren, ò no pueden entenderle, se entremetan à impugnarle. Se debe quexar, que se haga la plataforma de elogiarle, para hacer mas sensible el inhumano vilipendio, con que sele ha de tratar. De este modo de proceder en Domiciano, con razon abomina Suetonio. Tenia de costumbre aquel aborto de la naturaleza racional, festejar, acariciar, y alabar à los mismos à quienes yà estaba determinado à mandar se les quitase la vida. Esto era abusar, y con desprecio, de la paciencia de los hombres: *Quò comtemptiùs abuteretur patientia hominum, numquam tristiorem sententiam, sine præfatione clementiæ pronunciavit.* De manera, que yá se sabía, no habia señal mas cierta de que queria executar Domiciano alguna inaudita crueldad con alguno, que quando le elogiaba, y trataba con mayor blandura: *Ut non aliud tum certius atrocis exitus signum esset, quàm principij lenitas.* Esta quexa la

la significó el P. M. en su *Ilustracion*; y la satisfaccion que se le ha dado, ha sido un libelo satyrico, y famoso, dividido en dos Tomos corpulentos, pero sin alma alguna.

154 Celebraban los de Lindo, en la Isla de Rhodas, à Hercules, con una ceremonia, que ni sé si llamarla ridicula, ò blasphema. Las causas, y motivos pone por extenso Lactancio. (*lib.* 1. *cap.* 21. La particularidad consiste en que los sacrificios no se hacian, como los demás, con hymnos, y elogios de la Deidad; sino con maldiciones, dicterios, y execraciones: *Non Euphemia (ut Græci appellant) sed maledictis, & execratione celebrantur.* A tanta extravagancia subia esta fiesta, que si por accidente decian alguna palabra buena de Hercules, à quien sacrificaban, aquellos Lindios, se reputaban por profanados los sacrificios: *Eaque pro violatis habent, si quando inter solemnes ritus vel imprudenti alicui exciderit bonum verbum.* A este estado llegaron yá los ociosos emulos del P. M. cuyo ceremonial es el Librote del R. No pueden tolerar que qual Hercules, con la Clava de su Critica, destierre monstruosos errores comunes el P. M. y prorumpe su venenosa envidia en desacatos.

§. II.

146 DE Suetonio, Plinio, Marcial, Apiano, y otros, consta la costumbre que habia en los Triunfos Romanos. Quando el que caminaba en triumfo al Capitolio se veneraba como el mas feliz de los hombres, era permitido que en el paseo que se hacía le dixesen mil convicios, dicterios, y satyras. Vulgares son las que se dixeron à Julio Cesar, por eso se omiten. Sobre el motivo de aquella tolerancia discurren los Criticos, y aun los Padres. El que comunmente se dice es, que con esto se le representaba al vencedor, que aunque triunfante, debia reconocerse mortal. A este intento se introducia uno del Vulgo en el mismo Carro Triunfal, y lle-

llevaba en las manos la Corona del que triunfaba, no como corona, sino como peso. De intento Juvenal. (*Satyr.* 10.)

Quippe tenet sudans hanc publicus, & sibi Consul
Ne placeat, curru servus portatur eodem.

No puedo creer que el R. y compañeros no mirasen à esto, quando tan de intento se han atrevido á publicar tantos desahogos contra el P. M. que yá triunfaba, por haber vencido varios errores obstinados. Ni puedo sospechar otra cosa de la innaccion del Publico, viendo impreso, y firmado con Aprobaciones lo que horrorizara, aun Anonymo, en Ginebra: pero *Fas audire iocos*, dixo al asunto Marcial.

147 Prosiga, pues, el R. en escribir quanto gustare, y no pierda la ocasion de la publica indulgencia. Capte en horabuena la celebridad de quatro idiotas, à costa del honor, y credito del P. M. Feijoo, y su Cogulla. Repita, y reimprima como estrivillo, que el Padre se halla *vestido de punta en blanco de todo genero de ignorancia*; pero con la condicion, que no se ha de quexar, porque el P. M. no hace caso de sus elogios. Debe despreciar los vituperios; pero con mas razon debe mirar como fascinaciones algunas alabanzas, ò las alabanzas de algunos. Yá sabe el P. M. que en Plinio, y Gelio se dá noticia de algunas personas Africanas, que, como el Basilisco, se fingió, mataba con la vista, mataban, y fascisnaban à los que elogiaban con exceso. Prosiguirá el P. M. su tarea, hasta que *Invidia rumpantur, ut ilia Codro*; y se armará de paciencia, y conformidad Christiana, para que ni los vituperios le inquieten, ni los fascinantes elogios le dañen. Tambien contra estas dos pestes iba prevenido el que triunfaba. Pero diga Virgilio lo que parecerá Paradoxa:

Aut si ultrà placitum laudarit, baccare frontem
Cingite, ne vati noceat mala lingua futuro.

148 La inconsequencia que padece el R. es visible. Todo quanto opuso contra los dos Discursos antecedentes, debia oponer contra este, ò remitirse à lo dicho. La Politica verdadera, la humilde fortuna, y la practica de la virtud, aunque parecen tres cosas, que se pueden persuadir por diferentes caminos, no son en la realidad otra cosa, que la practica de lo bueno. ¿Cómo se citó la *Historia secreta*, y la practica de Congo contra la continencia, no se seguia citar las Politicas engañosas contra la Politica mas fina? ¿Si en favor del vicio se opuso, que el Vulgo estaba en posesion de que era mas suave, y que al P. M. incumbia probar lo contrario, no está el Vulgo en posesion de que la trampa, y la simulacion es la mas fructosa Politica? ¿Como se omitió este célebre argumento? No nos detengamos. La realidad es, que cansado el R. de barajar los contextos del Theatro, atropelló por la inconsequencia, y creyó que un elogio de perspectiva, ofuscaria la Logica natural de los Letores. Yo digo, que ò los tres Discursos merecen elogios de quien pueda elogiar, ò los tres debian padecer el desprecio de quienes tienen este modo de impugnar, por la Politica mas fina.

MEDICINA.

DISCURSO QUINTO.

§. I.

149 NO ha sido otro el fin del P. M. en este Discurso, que el de proponer la falibilidad à que está expuesta la Medicina, para desterrar la nimia confianza que algunos enfermos ponen en los Medicos, y las vanas promesas, que algunos Medicos hacen à los enfermos. Claro esta que esta afirmativa tiene en sí misma las restricciones. Ni todos los enfermos están en el error de nimia confianza, ni todos los Medicos se jactan de Esculapios. Acaso habrá otros dos errores en este extremo. La nimia desconfianza, y la nimia irresolucion.

Con